

¿MORAL SIN DIOS? UNA LECTURA BIBLICA DEL PRIMER CAPITULO DE LA V.S.¹

Juan Pablo Perón, sdb

Hace tiempo tuve por primera vez en mis manos el texto de la última Encíclica del Papa "Veritatis Splendor", que quise leer y profundizar. No niego haberme encontrado ante una dificultad no pequeña sobre todo porque el acercamiento desde un punto de vista bíblico ha constituido una verdadera lucha por conservar el hilo de la trama de un texto lleno de citas bíblicas (Intr.: 17; 1º Cap.: 145; 2º Cap.: 95; 3º Cap.: 90; Concl.: 14), que quieren confirmar en forma abundante algunas verdades en el campo moral. Estas citas, sobre todo en el 1º Cap, interrumpen la lectura, la fraccionan y la vuelven lenta y difícil. Confieso que a menudo he perdido el hilo y he tenido que recomenzar.

Los Cap. 2º y el 3º se me hicieron más claros y su lectura me resultó más corrida. El razonamiento de la Encíclica, expresado con un tono fuertemente espiritual-contemplativo, que desemboca en la amplia oración a María, Madre de Dios y Madre de misericordia, revela la intención del Papa de compendiar algunas enseñanzas morales que respondan a la grave crisis actual.

Luego de una lectura completa y más atenta se puede ver que el conjunto es orgánico, definido en sus partes, suficientemente relacionado y con un amplísimo bagaje bíblico, patristico, escolástico y dogmático.

1. Suplemento cultural: *Ultimas Noticias*, Caracas 09.01.94.

Me llamó la atención que la Encíclica estuviera dirigida sólo a los Obispos (VS 5,30,83,114-116) y al mismo tiempo se pusiera en causa a los docentes de seminarios y facultades, sobre todo los moralistas, pastores, fieles católicos, hombres de buena voluntad, no católicos y no creyentes.

Creo que esta Encíclica llegará a ser una buena ocasión para que nuestros Pastores no sólo exhorten sobre los errores y peligros, sino también que “muestren el fascinante esplendor de aquella verdad que es Cristo” (VS 83).

La Introducción circunscribe el tema de la Encíclica. Se habla de “algunas verdades fundamentales de la doctrina católica”, de “algunos aspectos doctrinales que son decisivos para afrontar la que sin duda constituye una verdadera crisis”, de “algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia” (VS 4-5).

Uno de los aspectos que afloran en la Encíclica, desde su comienzo, es la firme referencia a Dios, iniciador de todo camino histórico-salvífico, compañero en la revelación y fortalecedor de todo proceso espiritual.

Mi reflexión abarca sobre todo el primer capítulo de esta Encíclica.

Este (VS 6-27) gira alrededor del encuentro entre Jesús y el joven rico “en el camino” (Mt 19,16-22) y se vuelve paradigma para la enseñanza a los discípulos pues los lleva a reflexionar sobre la salvación (Mt 19, 23-26) y la promesa de una recompensa por dejarlo todo (Mt 19,27-30). La trabazón del 1º Cap. se presenta como un hecho parabólico que nos acompaña a lo largo de todo el desarrollo y sirve de punto de referencia para el lector. Leyéndolo desde este aspecto disfruté no sólo por el desarrollo del tema sino también por la buena y abundante exégesis bíblica que en él se hace.

De este capítulo emerge con fuerza la espiritualidad de fondo de toda la Encíclica, que se va plasmando en la consideración moral de los Cap. 2º y 3º.

De la narración de Mt llama la atención la preocupación por “hacer lo bueno” en el campo de la observancia de la ley en un ambiente cristiano primitivo, fuertemente imbuido por la mentalidad veterotestamentaria. Alguien que se interesara por “hacer lo bueno” debía ser, sin duda, una persona avanzada en el camino sapiencial (cf. Dt 12, 28; Sal 37, 27). Jesús, como

Maestro interpelado, ofrece una respuesta a nivel sapiencial, existencial y sobre todo a nivel moral no sólo al joven interlocutor, sino también a los discípulos y a la comunidad cristiana primitiva. Con su salida aguda, Jesús plantea inicialmente otro término de bondad: “¡Uno sólo es el Bueno!” y propone a Dios como “la Bondad” por excelencia y principio de todo “actuar bueno”.

Esta primera afirmación de Jesús es seguida por la segunda respuesta acerca de “lo bueno que hay que hacer”: “guardar los mandamientos”. “Hacer lo bueno”, es guardar los mandamientos. Pero todo ejercicio de lo bueno, a cualquier nivel, tiene su fundamento y raíz en el “Ser Bueno” de Dios y viene siendo una respuesta adecuada a las iniciativas y mociones del mismo.

Los mandamientos de la “primera Tabla”, que plantean quién es “el sólo Bueno”, preceden los de la “segunda Tabla” que Jesús enumera (“no matar, no cometer adulterio, no hurtar, no levantar testimonio falso, honrar padre y madre...”), definiéndolos como mandamientos. Estos mandamientos se deben leer a la luz de la primera tabla. Quien manda es “el sólo Bueno”. La Bondad de Dios exige que el hombre, para llegar a ser moralmente bueno, cumpla los mandamientos que tutelan el bien de la persona.

Al final de la enumeración de los mandamientos Mt añade la fórmula del Código de Santidad (Lv 19,18) “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Así queda concluido el discurso sobre “lo bueno que hay que hacer para conseguir la vida eterna”.

Ante la insistencia del joven por el “algo más” que añadir para el “camino de la vida” ya recorrido por él, Jesús le propone “el camino de la perfección” que va en la misma dirección. Este incluye igualmente los mandamientos, pero lo realiza a “otro nivel”. Sal 118, 1.9-10.80 habla del “camino recto o perfecto” como del “camino de la vida”. La perfección propuesta por Jesús exige “este además” a todos, los que viven en la comunidad cristiana primitiva y los que “viene de afuera”. La ley completa (primera y segunda tabla), puede ser vivida por todos por amor. El que sigue a Jesús debe dejarlo todo, posponerlo todo por El, vivir los mandamientos según la modalidad del seguimiento. Este “camino” no es de élite sólo, sino la condición para todos, hombres y mujeres que quieren entrar en el “camino de la vida”, en el “camino perfecto”. “Ser discípulo” de Jesús se ofrece a todos,

aunque lo realizan solamente aquellos que cumplen con las condiciones puestas por el Maestro.

En este punto la VS abandona el entramado del *hecho parabólico* que se detiene a examinar la primera exigencia del "camino de perfección", el desprendimiento (19, 23-26). Entre los oyentes ya no está el joven. Sólo se encuentran los asustadísimos discípulos (y con ellos la comunidad cristiana primitiva), a los cuales Jesús hace notar que la condición primera para emprender el "camino perfecto" y el "camino de la vida", es la "ayuda de Dios". No tiene sentido hablar de un "camino moral", si Dios que es "el Bueno", no lo hace posible, previniendo, acompañando con su gracia y estableciendo el fin de todo actuar humano. La importancia de la primera tabla de la Ley se proyecta y da vida a la segunda.

El *itinerario ético* de toda persona que va definiendo su espiritualidad arranca de Dios. Exige indefectiblemente su primordial iniciativa. La apertura y respuesta libre del hombre constituyen el aporte necesario, pero no primero, a la confrontación constante entre moción divina y reacción humana. En este "camino perfecto y de vida" toda persona se siente interpelada, confrontada, acompañada, educada pedagógicamente y al mismo tiempo urgida y juzgada por Dios.

La hermenéutica del texto de Mt 19, 16-22 (cfr VS 6-27) ha sido hecha con cuidado, dejando hablar al texto bíblico y al mismo tiempo enfrentando los problemas actuales con mentalidad pastoral (cfr VS 28-83).

Se han percibido de tanto en tanto tensiones entre el texto aducido y las reflexiones ofrecidas. Gracias a esta tensión la Encíclica se ha dejado interpelar hasta el punto de establecer un diálogo entre la situación histórica del pasado (comunidad cristiana primitiva) y la realidad presente que examina. El texto de Mt ha ayudado a interpretar la situación presente. De esta manera se ha producido una lectura actualizada de la Escritura. El texto bíblico, leído en un nuevo contexto, favorece a su vez una mayor comprensión de los planteamientos de la Encíclica. Una moral cristiana animada por la confrontación con la Biblia tiene muchas ventajas sobre una ética sin Dios. Una moral que rechace deliberadamente a Dios, no sólo no es vivible, sino tampoco es plantable. Es nuestra respuesta a la pregunta inicial.

La verdad plena sobre el hombre y sobre el orden moral no se puede dar fuera de la luz del Evangelio. Por esto el análisis moral, hecho a la luz de la Palabra de Dios, debe ser más fácilmente acogido por la inteligencia del hombre y permitirle captar, no sólo con mayor facilidad y mayor seguridad, sino también con mayor integralidad, las exigencias morales planteadas por la Encíclica ante la actual situación de crisis.

Una reflexión anclada en la Biblia nos ofrece una percepción especial de Dios, de sus designios sobre el hombre y de la ley moral. Nos ofrece asimismo una concepción específica del hombre que toma en cuenta el "más allá", que llama sus debilidades "pecado", que cree en el "perdón" de Dios y en la "gracia" de Cristo, conceptos que constituyen el entramado fundamental de la Encíclica.

El cristiano, como cualquier otro hombre, hará el esfuerzo último, con la actividad de su razón, iluminada por la revelación, para "saber" qué le exige su opción fundamental al igual que toda situación concreta. Esta actividad del creyente, que vive y actúa en una comunidad de fe a la cual ha sido prometida la asistencia del Espíritu Santo (Jn 14,26; 16,13), se concreta en la "escucha de su Autoridad".

Desde este punto de vista se hace necesario el Magisterio pastoral del Papa y de los Obispos, que tienen el carisma de discernir en este momento histórico de crisis moral, cuál es la voluntad de Dios y de Cristo. Sólo así se entiende la intención del Papa de dirigir esta Encíclica directamente a los Obispos.

Nuestros juicios morales, confrontados a la luz de la Palabra de Dios, nos ayudarán, a través de un sentido moral renovado, a ser hombres y mujeres más auténticos, "no conformes a la mentalidad de este mundo"